

Mauro Cerbino,  
**Pandillas juveniles: cultura  
 y conflicto de la calle**  
 Abya-Yala - El Conejo, Quito, Quito, 2004

¿Qué sabemos sobre el mundo de vida de la calle? ¿Es posible entender la racionalidad que guía los comportamientos “alarmantes” con los que frecuentemente son asociados los modos de vida de los pandilleros? ¿Cuál es la frontera que marca la legitimidad e ilegitimidad de la violencia? Mauro Cerbino nos da algunas respuestas a estas preguntas: una multiplicidad de discursos sobre las pandillas dirigidos desde ámbitos institucionales y medios de comunicación suponen una forma de patología social en donde los elementos “dañados” amenazan la ficticia normalidad de una sociedad; una sociedad que, por lo demás, responsabiliza de las situaciones de violencia a determinados sujetos y los convierte en amenaza para el resto del cuerpo social. En un entorno donde las situaciones generadoras de violencia son permanentes y no coyunturales, alarmarse de la “pérdida de valores” que acompaña el crecimiento de la violencia- del que las pandillas serían la más clara muestra- implica una práctica de estigmatización de los sujetos pandilleros que nos

obliga a sospechar de estos discursos y a enfrentarnos a un campo de estudio ante todo difícil y complejo.

*Pandillas juveniles* nos muestra un buen ejemplo de lo que Foucault denomina el “efecto de verdad”: de cómo el discurso produce la realidad que nombra, es decir, de cómo los sujetos “dañados” existen sólo en cuanto aparece el discurso que los representa como tales. Sin embargo, la miopía está en ver lo que el discurso crea y no ver desde dónde se produce ese discurso y la voluntad que está detrás de producir esa realidad. Lo interesante de este caso es que gran parte de ese discurso normalizante viene de los medios de comunicación. Ellos crean una visión alarmante sobre las pandillas pero, a su vez, son ellos los que, mediante el “rating” que les muestra lo rentable de la crónica roja, seleccionan qué mostrar y cómo mostrar el mundo de las pandillas juveniles. En este sentido, el autor invita a asumir una postura crítica del doble discurso mediático que, por un lado, condena diversos comportamientos y que, por otro, él mismo contribuye a crear.

Esta mirada alarmista es vista por el autor como una luz para indagar sobre la frontera entre la violencia legítima y la ilegítima. Cuando las voces de los medios se autodefinen como voces que representan a la sociedad y gritan en pos de acciones que garanticen la “seguridad ciudadana”, piden “sanciones ejemplares” y claman porque las autoridades actúen con “mano dura” para frenar esta “descomposición social”, delimitan el uso legítimo de la violencia frente la violencia considerada ilegítima de los pandilleros.

Pero, ¿qué dicen sobre esto los pandilleros? Cerbino nos propone: “Explorar, observar, escuchar y comprender a los pandilleros y ex pandilleros en sus formas de comprender y actuar en el mundo”. Es decir, dar la palabra a estos sujetos, en tanto que esta palabra, convertida en relatos, conlleva una suerte de reflexividad en la que contar las experiencias de vida supone significarlas de tal modo que sean presentadas a un oyente. La palabra se convierte en la puerta de

---

acceso al imaginario que conduce los procesos de reconocimiento y desconocimiento, y es la palabra la que nos da cuenta de los complejos mundos de significación de los jóvenes pandilleros, de cómo representan sus experiencias y las de los “otros”, de otras pandillas, de los adultos, las instituciones, los políticos, de la sociedad en general.

De estos relatos aparece un complejo mundo simbólico que mueve a las pandillas. Aparecen significaciones y valoraciones sobre objetos que se vuelven signos de estatus y reconocimiento y que van desde los zapatos hasta las armas. Aparecen sus valores sobre el honor, la hombría, la solidaridad, su vivencia de la ciudad como exclusión, la importancia del graffiti como marca de su presencia por las calles. En todo ello muestran –también– una socioestética sobre lo corporal como elemento constituyente del mundo simbólico de los jóvenes pandilleros.

Una constante de estos relatos es una fuerte necesidad de reconocimiento, de “ser vistos” de alguna manera y de demostrar que “merecen respeto” y que mucho de este respeto se lo obtiene por ser reconocidos como “peligrosos”. Dentro de la lógica de los pandilleros, elementos como las drogas, el haber matado a alguien o haber estado en la cárcel se convierten en signos de distinción. Pero los relatos hablan también del riesgo, la soledad, del miedo y la muerte...

Esto nos lleva a pensar qué valores guían los discursos pandilleros. El texto nos muestra que el mundo de los pandilleros, frecuentemente calificado desde ámbitos institucionales y medios de comunicación como “antisocial”, responde a muchos de los valores constitutivos del mundo social general, como la masculinidad –que reconoce el valor de virilidad como constitutivo de las pandillas–, el autoritarismo –que marca las relaciones de subordinación y que, ligado al valor de la masculinidad mostrada, encarna en un líder-caudillo cuya voluntad es inobjetable– y el reconocimiento de la familia como una comunidad de pertenencia con

vínculos indisolubles por los que se está dispuesto a todo. Vistos en un contexto más amplio, ¿no son estos mismos valores los que marcan las prácticas políticas a nivel nacional? Esto nos evidencia que los valores que reconocen los pandilleros no son tan distintos de los valores reconocidos como importantes en el resto de la sociedad.

### **Los límites de la palabra**

El énfasis de este estudio está en percibir a las pandillas como activos grupos productores de significados, es decir, que construyen un campo simbólico propio y que, en tanto excluyentes, resignifican muchos de los mensajes hegemónicos. En este sentido, sus prácticas cotidianas encierran una politicidad a través de construir una estética corporal que devuelve los signos de violencia.

Sin embargo, el mundo de vida de los jóvenes pandilleros supone una limitación de la palabra y de la reflexividad que conlleva. En efecto, son sujetos cuyas voces no se escuchan, pero los relatos que nos presenta la etnografía pueden no ser suficientes para comprender las yuxtaposiciones entre las prácticas discursivas y no discursivas. Es decir, los relatos nos muestran la intención de construir una determinada visión del mundo de las pandillas que es necesario cruzar con otros datos de campo, lo que implica preguntarse por los cruces, contradicciones, desfases, complementariedades, entre lo que los sujetos “hacen” y lo que “dicen que hacen”. Pienso en el mundo de las pandillas como un mundo en donde funciona lo que Bourdieu llama el “sentido práctico”; es decir que muchos de los comportamientos sociales funcionan como respuestas no tan reflexivas o premeditadas sino que responden a procesos de internalización y socialización (habitus) que crean ciertos márgenes de respuestas aprendidas.

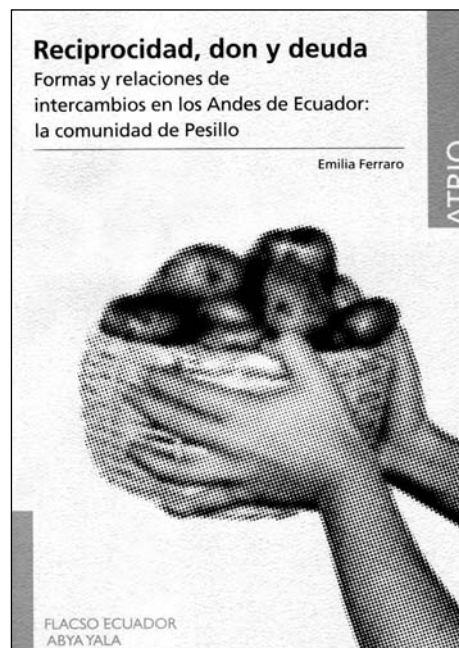
Bajo este enfoque podríamos pensar en la racionalidad normativa que regula los “intercambios de violencia” en el funcionamiento de

las pandillas y que generalmente obedecen a reglas establecidas de venganza y códigos de honorabilidad. En este sentido vale preguntarse por las lógicas que producen los enfrentamientos entre pandillas, qué está en juego en estos enfrentamientos y, por tanto, tratar de comprender estas prácticas como formas de una economía política.

Pensando desde este ángulo, si bien el texto de Cerbino nos muestra las formas de ingresar a las pandillas, los rituales de ingreso y las formas de aceptación del nuevo pandillero, no nos da las mismas pistas para comprender las formas de salir de las pandillas, es decir, de cómo funciona su dinámica de comunidades frente a los “disidentes”, en donde no sólo la cooperación es parte de la pandilla sino también las normas que guían las sanciones y los flujos de violencia. Así podríamos pensar en las pandillas no únicamente como una comunidad emocional que ampara a los individuos brindándoles un espacio de reconocimiento, sino también como un espacio internamente conflictivo, que crea formas de sometimiento (quizá más presente en lo simbólico) y que lleva a algunos jóvenes a buscar salir de las pandillas.

“La calle tiene su argumento, y es que en cada momento, tú debes sobrevivir” nos dice una canción Hugo Hidrovo que puede servirnos para pensar en la conflictividad de la calle, en la urgencia de los individuos por sobrevivir formando o no parte de las pandillas.

*Alfredo Santillán*



Emilia Ferraro,  
**Reciprocidad, don y deuda. Formas y relaciones de intercambios en los Andes de Ecuador: la Comunidad de Pesillo,**  
 Flacso-Ecuador y Abya-Yala, Quito, 2004.

Debemos celebrar toda publicación en el campo de la antropología ecuatoriana como signo de su vitalidad y de vigencia. Pero el libro de Emilia Ferraro, *Reciprocidad, don y deuda*, merece ser tomado en cuenta de manera muy especial porque a mi juicio constituye un aporte inusual y marca un referente muy importante para la disciplina, por un conjunto de razones que a lo largo de mi corta exposición serán detallados. El escenario de la investigación es la comunidad campesina andina de Pesillo, en la región norandina del Ecuador, y el conjunto de hechos que se inscriben en el programa de crédito de la Casa Campesina Cayambe. Este programa cuenta con el reconocimiento de ser uno de los más exitosos, ya sea por la altísima tasa de retorno de los préstamos como por haber contribuido efectivamente a elevar los niveles de calidad de vida y participación de las comunidades.

La autora, Emilia Ferraro, realizó trabajos de campo en las comunidades andinas de Cayambe por un periodo considerablemente